

9. CAMBIEMOS LAS BALAS POR PALABRAS.

Vivimos de celebración en celebración, de fiesta en fiesta, de farsa en farsa. Me temo, sin embargo, que poco tenemos para celebrar. Conmemoramos en mayo el día de la madre con profusión de flores, lágrimas y regalos, y no por eso somos mejores hijos. Los esposos celebran el 19 de marzo su día y buen número de ellos, una vez arrancada la hoja del calendario que les señaló la obligación de acordarse de lo que a ningún casado se le permite olvidar, cuando aún no se han marchitado las rosas espléndidas en el florero de las buenas intenciones, continúan hoy, como si nada hubiera sucedido ayer, con sus peloterías de perros y gatos, con su diaria cuota de desamor. Dedicamos una semana de ocio a celebrar la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo: unos cuantos millares de personas, las que son o se dicen creyentes, congestionan por una sola vez al año las iglesias, no importa que la mayoría de ellas poco o nada tengan que ver --y lo que ya es más grave--, poco o nada quieran saber del supremo mandato cristiano del "amaos". Pero un número aún mayor de indiferentes a la agonías y glorias del crucificado, nos ponemos en el plan de visitar, en medio del holgorio más desaforado, las diversas playas de nuestros dos océanos o los "rumbeaderos" más procelosos de cualquier ciudad. Y así, podríamos continuar con los días de la mujer, del negro, de la ecología, de la secretaria, del amor y la amistad; el de las brujas, el del periodista, el del profesor...

Celebramos, vaya ironía, el día de la independencia, cuando no hemos dejado de ser dependientes ni un solo minuto de nuestra historia, y también celebramos el día de la

raza, como si fueran dignos de celebración la devastadora invasión --el arrasamiento económico y cultural de que fuimos víctimas por parte de los españoles-- y el hecho lamentable de que, desde bien temprano en la colonia y hasta el día de hoy, somos mestizos vergonzantes de lo poco que aún llevamos en la sangre y en el alma, como herencia de nuestros indios humillados.

Y en el mes de abril nos toca la obligatoria, huera, e irónica celebración del día del idioma. Todos los años, cada 23 de abril, generalmente nos dedicamos en colegios, academias y universidades a hablar maravillas de Cervantes --lo llamamos de manera solemne y pomposa "*el padre de nuestro idioma castellano*"-- y, salvo algunas excepciones de rigor, no hemos leído mayor cosa del Quijote. Gastamos nuestro tiempo y nuestras energías haciendo discursos altisonantes acerca de lo orgullosos que debiéramos sentirnos por el hecho de hablar español, habida cuenta de las maravillosas virtudes de nuestro idioma en términos de sus reales o supuestas bondades estéticas. Pero en medio de tanto panegírico, de tan abundante cosecha de discursos laudatorios, se nos olvida un hecho alarmante y desgarrador: a pesar de que casi todos en Colombia hablamos castellano, de poco nos ha servido la lengua común a la hora de entendernos entre nosotros, de comunicarnos, al menos para zanjar de manera civilizada y pacífica nuestras diferencias más protuberantes. En lugar de hablar acerca de nuestros problemas con el ánimo de solucionarlos, nos seguimos matando y agrediendo, ¡y de qué bárbara manera! Estamos desde los tiempos de la conquista en medio de una orgía de sangre que no cesa y que nos avergüenza, que

habla muy mal de nosotros, pues tan aberrante modo de proceder contradice de manera flagrante nuestra ilusa pretensión de nación civilizada.

Este clima de intemperancia que nace, entre otras complejas razones, de la desconfianza inveterada que sentimos frente al poder de la palabra que esgrime, en lugar de tiros de fusil y dinamita, argumentos y razones con la aspiración de poner al otro de nuestra parte, de buscar consensos en favor de nuestra causa o de dirimir un conflicto de intereses, ha venido contaminando poco a poco todas las instituciones y estamentos de nuestra vida política, económica, social y hasta académica. Para no ir muy lejos, ¿será que ya olvidamos el reciente y bochornoso espectáculo de intolerancia, de violencia verbal, de irrespeto por el otro, que exhibimos para escarnio de nuestra academia, cuando se llegó la hora de ejercer la que se creía alentadora conquista democrática de nuestro claustro: ponernos de acuerdo entre todos para nombrar nuevo rector de la UNIVERSIDAD SURCOLOMBIANA?

Esa desconfianza nuestra casi ancestral frente a las posibilidades de la palabra como instrumento civilizado de entendimiento, puede tener su origen en el hecho igualmente perturbador de que con mucha frecuencia y desde que estrenamos la lengua en estos territorios del nuevo mundo, hemos usado el castellano, más para excluir que para integrar, más para desinformar que para informar, más para disimular que para expresar, más para manipular que para convencer, más para hacerle el esguince a la ley mediante una truculenta y detestable habilidad de leguleyos, muy de nuestra idiosincrasia, que consiste en amañar la letra de la norma a la medida de particulares y

mezquinos intereses personales o de grupo, desconociendo la fuente de todo bienestar: el imperio del bien común.

En vez de discursos bonitos y grandilocuentes con motivo de la celebración del día del idioma, tal vez nos sea de mayor utilidad una reflexión que nos conduzca al convencimiento de que ya es hora de reemplazar las balas, la dinamita y el insulto por la palabra que argumenta y que convence. Pero, desde luego, el dominio de la palabra no lo es todo, ya que la esencia del asunto tal vez sea entender que no es lo mismo hablar o escribir bien que comunicarse bien. Sólo que para llegar a este envidiable estado de madurez, se necesita, a su vez, comprender y aceptar que, si bien el ejercicio de la palabra es un arma de doble filo, es decir, que ella puede servir de instrumento tanto para el bien como para el mal, en el momento de poner la palabra al servicio del bien común y de lo que suponemos es la verdad, resulta indispensable que ella ejerza como eje integrador de esa otra suprema destreza de los seres inteligentes: la capacidad de comunicarse, que incluye, por supuesto, y en una doble dirección, la rara habilidad de saber ponerse en el lugar del otro, para escucharlo, para entenderlo pero, sobre todo, para tenerlo en cuenta.